

En Balan cesó la lluvia. Próspero decidió á Silvina á que comiera un pedazo de pan que había tenido la precaución de llevarse. Eran las once. Pero al llegar cerca de Sedan, un puesto prusiano los detuvo de nuevo, y esta vez fué terrible; el oficial se incomodaba, se negaba á devolver el pase, que decía era falso, hablando en correcto francés. Algunos soldados habían llevado el burro y el carrito bajo un cobertizo. ¿Qué iban á hacer? ¿Cómo iban á continuar el camino? Silvina se acordó entonces del primo Dubreuil, un pariente del señor Fouchard, á quien conocía y cuya posesión, el Ermitage, se encontraba á unos pasos de allí. Tal vez hicieran caso de un señor. Dejó el burro, se fué con Próspero, puesto que los dejaban libres, con la condición de quedarse con el carrito. Al llegar al Ermitage, encontraron la verja abierta. Y desde lejos, al entrar en el paseo central, vieron un cuadro que les causó mucha extrañeza.

—¡Demonio!—dijo Próspero,—¡estos no tienen penas!—En la terraza había una reunión muy alegre. Alrededor de un velador, con tablero de mármol, había butacas y un sofá de satén azul celeste, formando círculo; era un salón muy raro, al aire libre, que la lluvia debía estar mojando desde la víspera. Dos zuavos sentados en el sofá parecían reírse á carcajadas. Un soldado de infantería, en una butaca, tenía las manos cruzadas como si no pudiera aguantar la risa. Otros tres estaban apoyados tranquilamente en los respaldos de sus asientos mientras que un cazador avanzaba la mano, como para tomar una copa sobre el velador. Debían haber vaciado la bodega y se divertían.

—¿Cómo pueden estar ahí?—decía Próspero asombrado.—¿Se burlan de los prusianos?

Pero Silvina, cuyos ojos se dilataban, lanzó un grito de horror. Los soldados no se movían, estaban muertos. Los dos zuavos tiesos, con las manos retor-

cidas, no tenían cara; la nariz arrancada, los ojos fuera de las órbitas. La risa del que tenía las manos cruzadas sobre el vientre procedía de que una bala le había partido los labios rompiéndole los dientes. Aquello atroz, esos desgraciados que se hallaban en actitudes de maniqués rotos, las con miradas vidriosas, las bocas abiertas, frías, inmóviles. ¿Se habían arrastrado hasta allí para morir juntos? ¿O eran los prusianos que se habían entretenido en recogerlos y sentarlos después en corro como para burlarse de ellos?

—¡Vaya una broma fúnebre!—dijo Próspero palideciendo.

Y al mirar los otros muertos á través del paseo, aquellos treinta valientes, entre los cuales se encontraba el cuerpo del teniente Rochas, lleno de heridas, envuelto en la bandera, añadió muy serio:

— Por aquí se han batido de firme. Me parece que no vamos á encontrar las personas que buscamos.

Silvina entró en la casa cuyas puertas y ventanas destrozadas habían dado paso al aire húmedo. No había nadie; los amos de la casa debían haberse escapado antes de que comenzara la batalla. Después, como quiso recorrerlo todo, al penetrar en la cocina dejó escapar otro grito de espanto. Dos hombres se encontraban allí tendidos, un zuavo de barba negra y un prusiano enorme, con el pelo rojo, entrelazados los dos furiosamente. Los dientes del uno habían penetrado en la mejilla del otro, los brazos tiesos, no habían soltado la presa, haciendo cruir aún las columnas vertebrales rotas anudando los dos cuerpos con nudo tal de rabia eterna que iba á ser preciso enterrarlos juntos.

Entonces Próspero se llevó á Silvina, puesto que nada les quedaba que hacer en aquella casa abierta, habitada por la muerte. Y, cuando desesperados regresaron al puesto prusiano, tuvieron la bue-



na suerte de encontrar con el oficial, que tan mal les había recibido, á un general que visitaba el campo de batalla. Este quiso ver el pase, después lo devolvió á Silvina con un gesto de piedad, diciendo que dejaran ir á aquella pobre mujer á recoger el cuerpo de su marido. Sin aguardar más echaron á andar, subiendo hacia el fondo del Givonne, obedeciendo á la orden que les prohibía pasar por Sedan.

Después torcieron á la izquierda para llegar á la meseta de Illy por el camino que atraviesa el bos que de Garenne. Allí fueron detenidos de nuevo, creyeron que no podrían pasar, tantos eran los obstáculos que hallaron. A cada paso los árboles cortados por las granadas, tumbados como gigantes, cerraban el camino. Era el bosque bombardeado á través del cual el cañoneo había cortado existencias de árboles seculares como en un cuadro formado por veteranos. Por todas partes se veían troncos abiertos, agujereados, hendidos como si fueran pechos; y aquella destrucción, aquella matanza de ramas llorando con su savia, ofrecía el aspecto espantoso de un campo de batalla humano. Después vieron cadáveres, soldados caídos abrazados fraternalmente con los árboles. Un teniente, con la boca ensangrentada, tenía las dos manos empotradas en tierra, arrancando puñados de yerba. Más lejos un capitán había muerto echado sobre el vientre, la cabeza levantada como para aullar su dolor. Otros parecía que dormían entre la maleza, mientras que un zuavo, cuya faja azul se había quemado, tenía la barba y el pelo tostados. Y fué preciso varias veces, en aquel estrecho camino, separar los cuerpos para que el burro y el carrito pudiesen continuar.

De pronto, en un pequeño valle, cesó el horror. La batalla no debía haber pasado por allí, no había querido tocar aquel lugar delicioso. Ni un árbol

estaba desgajado, ni una mancha de sangre se dejaba ver sobre la yerba. Un riachuelo se deslizaba tranquilamente y el sendero que le acompañaba estaba cuajado de hayas. Aquel sitio encantaba, tranquilo, con una frescura deliciosa en el silencio del campo.

Próspero hizo que parara el borriquillo para que bebiera en el arroyo.

—¡Qué bien se está aquí!—dijo con un grito de involuntaria satisfacción.

Silvina miró á su alrededor, inquieta también, de sentirse feliz un momento. ¿Por qué había allí tanta felicidad, cuando en los alrededores todo era luto y dolor?

—¡Pronto, pronto, vámonos... ¿Dónde es? ¿Dónde ha visto usted á Honorato?

Y á unos cincuenta pasos de allí, al desembocar en la meseta de Illy, la llanura se desplegó brusca-mente ante sus ojos. Esta vez era el verdadero campo de batalla, los terrenos pelados se extendían hasta los confines del horizonte, bajo el cielo gris de donde caían continuos chaparrones. Los muertos no estaban amontonados, todos los prusianos debían haber sido enterrados, porque no quedaba uno entre los cadáveres de los franceses, esparcidos entre los caminos, en los rastrojos, en las hon-donadas, según los azares de la lucha. Cerca de un vallado, el primero que encontraron fué un sargento, un hombre hermoso, joven y fuerte, que parecía sonreirse, con los labios entreabiertos, la cara apacible. Cien pasos más allá, á través del camino, vieron á otro, mutilado atrocemente, la cabeza medio arrancada, los hombros manchados con salpicaduras de los sesos. Después de los cuerpos aislados, aquí y allá, había grupos, vieron siete en fila, la rodilla en tierra, con el fusil apuntando, heridos cuando disparaban, mientras que á su lado había caído un sargento. El camino seguía por una estre-



cha encañada y allí volvieron á horrorizarse, en frente de un foso donde había caído toda una compañía, ametrallada: los cadáveres lo llenaban, un hundimiento, una mezclanza de hombres, empujados, rotos, cuyas manos retorcidas habían arrancado la tierra amarillenta sin poder sujetarse. Y una bandada de cuervos alzó el vuelo llenando el espacio con sus lúgubres graznidos; y ya millares de moscas revoloteaban por encima de los cuerpos, bebiendo la sangre fresca de las heridas.

—¿Dónde está?—preguntó Silvina.

Pasaban entonces por un campo labrado, cubierto de mochilas. Algún regimiento había debido soltarlas allí, efecto del pánico, para huir más de prisa. Los restos que cubrían el suelo daban idea de los episodios de la lucha. En un campo de remolachas, algunos kepis esparcidos, parecidos á amapolas, trozos de uniformes, charreteras, cinturones, señalaban el trance horrendo, uno de los momentos en que la lucha de la artillería, que había durado doce horas, había sido más certera. Pero especialmente con lo que tropezaban á cada paso, era con trozos de armas, sables, bayonetas, fusiles, en tan crecido número que parecían ser producto de la tierra, una cosecha que hubiese crecido en un día de horrores. Platos, cantimploras se veían también por todas partes, todo lo que se había escapado de las mochilas rotas, arroz, cepillos, cartuchos. Y las tierras se sucedían á través de aquella devastación inmensa, las vallas arrancadas, los árboles achicharrados como en un incendio, el suelo mismo agujereado por las granadas, pateado, endurecido por el galope de las multitudes, tan asolado, que parecía iba á quedar estéril para siempre. La lluvia lo anegaba todo con su humedad, un olor se desprendía muy penetrante, ese olor de los campos de batalla, que huelen á paja fermentada, á paño quemado, una mezcla de podredumbre y de pólvora.

Silvina, cansada por la vista de aquellos campos de muerte por donde creía andar hacia muchas horas, miraba á su alrededor con creciente angustia.

—¿Dónde es? ¿Dónde es?

Pero Próspero no contestaba; lo que más le trastornaba, le conmovía, más que los cuerpos de los compañeros muertos, eran los cadáveres de los caballos, los pobres caballos acostados sobre el flanco, en actitudes atroces, las cabezas arrancadas, los vientres abiertos, dejando paso á las entrañas. Muchos estaban boca arriba con las cuatro patas al aire, los vientres enormes salpicaban la llanura como si fueran jorobas. Algunos no habían muerto después de una agonía de dos días, y al menor ruido levantaban la cabeza dolorida, la balanceaban á derecha é izquierda, y la volvían á dejar caer; mientras que otros, inmóviles, lanzaban un grito, era la queja del caballo moribundo, tan particular, tan dolorosamente triste, que el aire temblaba. Y Próspero, con el corazón acongojado, se acordaba de Ciro, creyendo que iba á volver á verle.

Bruscamente, sintió temblar el suelo, bajo el galope de una carga furiosa. Se volvió y sólo tuvo tiempo para decir á su compañera:

—¡Los caballos, los caballos!... ¡Echese usted detrás de esa pared!

De lo alto de una pendiente, un centenar de caballos libres, sin jinetes, llevando algunos aún el equipo, descendían al galope como una avalancha. Eran los animales perdidos, abandonados sobre el campo de batalla, que se reunían así en rebaños, por instinto. Sin heno y sin avena desde la antevispera, habían talado la escasa yerba y raído la corteza de los árboles, cuando el hambre les picaba el vientre como si fueran espolazos, salían todos á escape, con galope furioso, daban una carga por el



campo vacío y mudo, despachurrando los muertos, rematando los heridos.

La tromba se acercaba, Silvina tuvo tiempo para llevar el burro y la carreta detrás del muro.

—¡Dios mío! ¡Van á destrozarlo todo!

Pero los caballos habían saltado el obstáculo, y galoparon del otro lado, engolfándose en un camino bajo, hasta llegar al lindero de un bosque, detrás del cual desaparecieron.

Cuando Silvina llevó el carrito al camino, exigió que Próspero la contestase.

—Vamos á ver, ¿dónde es?

El, de pie, miraba á todas partes.

—Había tres árboles, necesito encontrarlos.

¡Caramba, no se ve muy bien cuando se da una carga y no es muy fácil saber luego qué caminos se han tomado!

Después, viendo alguna gente á la izquierda, dos hombres y una mujer, quiso preguntarles. Pero al acercarse huyó la mujer, y los hombres hicieron que se alejara, amenazándole; vió otros y todos se evadían, trataban de evitarle, huyendo, ocultándose, como animales que se arrastran, vestidos pobremente, con una suciedad sin nombre, con caras horrendas de bandidos. Entonces, al notar que los muertos, detrás de aquella gente asquerosa, no tenían zapatos, acabó por comprender que eran de esos merodeadores que seguían á los ejércitos alemanes, ladrones de cadáveres, toda una baja judería de rapiña, que seguía á los invasores para explotar los campos de batalla. Un hombre alto, flaco, echó á correr delante de él, llevando en los bolsillos, monedas y relojes robados á los cadáveres.

Un muchacho de trece á catorce años dejó que se le acercara Próspero, y como éste al notar que era francés le injuriaba, el muchacho protestó: ¿Pues qué; no podían ganarse la vida? Recogía los

fusiles, le daban veinticinco céntimos por cada uno. Por la mañana, cuando huía de su pueblo, con el estómago vacío, se había encontrado con un alemán que se había ajustado para recoger los fusiles sobre el campo de batalla. Los prusianos temían que si los aldeanos recogían las armas, las enviaran á Bélgica, para desde allí volver á Francia, y toda una nube de infelices se había dedicado á cazar fusiles, buscando entre las yerbas.

—¡Vaya un oficio!—decía Próspero.

—Hay que comer,—replicaba el muchacho.—No robo á nadie.

Como no era del país y no podía darle ninguna noticia, le señaló una casería donde había visto gente.

Próspero le dió las gracias y se alejó para unirse á Silvina, cuando vió en un surco un fusil. Primero nada dijo, después retrocedió gritando como á pesar suyo:

—¡Mira, ahí tienes uno!

Silvina al acercarse á la casería, vió otros aldeanos cavando unas zanjas. Pero éstos estaban á las órdenes de oficiales prusianos, los que con varita en la mano vigilaban el trabajo. Habían embargado á los vecinos de los pueblos para enterrar los cadáveres por temor de que la lluvia acelerara la descomposición de los cuerpos. Dos carretadas de cadáveres se encontraban allí; los descargaban, los echaban á tierra en fila, muy apretados, sin registrarlos, sin mirarles la cara; mientras que dos hombres con grandes palas, seguían cubriéndolos con una capa de tierra tan delgada, que ya con las lluvias se abría el suelo. Antes de quince días la peste, tan ligero era el trabajo, soplaría por allí. Silvina no pudo menos de pararse en el borde de la fosa, mirando los cadáveres á medida que los bajaban. Temblaba, creyendo reconocer á Honorato á cada momento. ¿No era el desgraciado aquel á



quien faltaba un ojo? ¿ó aquel otro que tenía la boca destrozada? si no descubría pronto, en aquella meseta, se lo cogerían y lo enterrarían con los demás.

Echó á correr para alcanzar á Próspero que llegaba á la puerta de la casería.

— ¡Dios mío! ¿dónde es?... Pregunte usted.

En la casería no había más que prusianos, en compañía de una criada y de su hijo, que habían vuelto de los bosques, donde habían estado expuestos á morir de hambre y de sed. Era un rincón de patriarcal descanso, después de los días anteriores. Los soldados cepillaban con esmero sus uniformes, tendidos sobre las cuerdas que servían para secar las ropas.

Otro acababa de dar las últimas puntadas á un pantalón, mientras que el cocinero había encendido la lumbre sobre la cual cocía el rancho, que despedía un buen olor de berzas y de tocino. La conquista se organizaba con mucha tranquilidad y disciplina. Hubiérase dicho que eran rentistas que había vuelto á sus casas fumando tranquilamente la pipa. Sentado en un banco, delante de la puerta, un hombre grueso, rubio, había cogido entre sus brazos al hijo de la criada, un niño de cinco á seis años; y le hacía saltar, le decía en alemán palabras cariñosas y se divertía viendo reír al niño con las palabras que le decía y que no entendía.

En seguida, Próspero volvió la espalda temiendo le ocurriera algún nuevo contratiempo. Pero aquellos prusianos eran gente buena. Se echaron á reír al ver el burro, y no le pidieron el pase.

Entonces empezó una marcha loca. Entre dos nubes apareció el sol, que estaba ya muy bajo. ¿Iba á sorprenderles la noche en aquel lugar? Un nuevo chaparrón hizo que desapareciera el sol y sólo que dó á su alrededor, un polvo de agua que lo borraba todo, caminos, campos y árboles. Próspero no sabía

donde se encontraba y lo decía. El borriquillo trotaba siguiéndolos, con la cabeza baja, arrastrando el carrito. Subieron al norte, volvieron hacia Sedan. No sabían en qué dirección marchaban, retrocedieron dos veces por el mismo camino. Debían dar vueltas y acabaron, desesperados y cansados, por detenerse en el ángulo de tres caminos, batidos por el agua, sin fuerzas para buscar más.

Oyeron algunos lamentos y entraron en una casita aislada, á la izquierda, donde encontraron dos heridos en un cuarto. Las puertas estaban abiertas; llevaban dos días sufriendo la fiebre, sin que nadie los hubiese curado, sin haber visto á nadie. La sed, sobre todo, los hacía sufrir mucho, en medio de los continuos aguaceros que caían. No podían moverse, en seguida pidieron ¡agua! ¡agua! ese grito de dolorosa avidez, con el que los heridos persiguen á los que pasan, al menor ruido de pasos que los saca de su somnolencia.

Cuando Silvina les dió el agua, Próspero, que había reconocido á un compañero, un cazador de Africa, de su regimiento, comprendió que no debían estar muy lejos de los terrenos donde había dado la carga la división Margueritte. El herido acabó por señalar vagamente; sí, era por allí, al volver á la izquierda, después de pasar un campo de alfalfa. Silvina quiso ir en seguida. Acababa de llamar para que socorrieran á los heridos, á una cuadrilla que iba recogiendo cadáveres. Había cogido el borriquito de la brida y le hacía andar muy de prisa deseando verse al otro lado del campo de alfalfa.

Próspero se detuvo:

— Debe ser por aquí. Mire usted, á la derecha, ahí están los tres árboles... ¿Ve usted la señal de las ruedas? Allí hay un armón roto... ¡Por fin hemos llegado!

Silvina se precipitó, miraba las caras de dos



muerdos, dos artilleros que habían caído al borde del camino.

—¡Perc no está, no está! Habrá usted visto mal... ¡Sí, alguna equivocación, una alucinación que le habrá pasado por la vista!

Poco á poco se iba apoderando de ella una esperanza loca, una alegría inmensa.

—¡Si se hubiese usted equivocado! ¡si viviese! ¡Y debe vivir, puesto que no está aquí!

De pronto lanzó un grito. Se había vuelto y se encontraba en el sitio donde había estado emplazada la batería. Era espantoso, el suelo removido como por un temblor de tierra, restos arrastrándose por todas partes, muertos caídos en todos sentidos, en posturas atroces, los brazos torcidos, las piernas dobladas, la cabeza caída, con la boca abierta enseñando los dientes. Un sargento había muerto con las dos manos sobre los párpados, en una crispación asustada, como para no ver. Algunas monedas de oro que un teniente llevaba en una bolsa, habían caído al suelo mezclándose con su sangre.

Uno sobre otro, Adolfo, el conductor, y Luis, el hombre de á pie, con los ojos salidos de las órbitas, estaban furiosamente abrazados, unidos hasta en la muerte. Y era por fin, Honorato, echado sobre la pieza como sobre una cama de honor, herido en el costado y en el hombro, con la cara intacta y hermosa de cólera, mirando siempre hacia allá á las baterías prusianas.

—Pobre amigo,—dijo Silvina llorando.—Había caído de rodillas sobre la tierra mojada, las manos unidas en un arranque de dolor. Aquella palabra de amigo, que sólo encontraba su boca, decía bien la pérdida que había sufrido; ese hombre tan bueno, tan cariñoso, que la había perdonado, que consentía en hacerla su esposa á pesar de todo. Ahora se acababa su esperanza; no viviría más. Nunca amaría á otro. La lluvia cesaba; una bandada de

cuervos que revoloteaba por los aires lanzando graznidos, la inquietaba como una amenaza. ¿Querrian quitarle el muerto? Se había arrastrado sobre las rodillas, alejaba las moscas con mano temblorosa, esas moscas que revoloteaban al rededor de los dos ojos, grandes, abiertos, cuyas miradas buscaba.

Pero entre los crispados dedos de Honorato vió un papel manchado de sangre. Entonces quiso coger ese papel tirando poco á poco. El muerto no quería soltarlo, lo tenía tan sujeto, que no hubiese sido posible cogerlo sin hacerlo pedazos. Era la carta que le había escrito, carta conservada entre la camisa y su corazón, apretada así en una última convulsión, como una despedida. Y cuando la reconoció sintió una gran alegría en medio de su dolor intenso, trastornada al saber que había muerto pensando en ella. ¡Ah! ¡sí, le dejaría aquella carta! no se la recogería puesto que quería llevársela consigo bajo tierra. Lloró de nuevo y esto la alivió. Se había levantado, le besaba las manos, le besaba en la frente, repitiendo siempre la misma palabra:

—¡Amigo mío, amigo mío!

El sol declinaba, Próspero había ido á buscar la manta. Y los dos, con lenta piedad, cogieron el cuerpo de Honorato, lo echaron sobre la manta, lo envolvieron después y lo llevaron al carrito. La lluvia amenazaba de nuevo: empezaron á andar de prisa, formando un triste cortejo á través de la llanura asesina, cuando un lejano rumor de truenos se dejó oír.

Próspero gritó de nuevo:

—¡Los caballos, los caballos!

Era una nueva carga de los caballos errantes, libres y hambrientos. Llegaban ahora por los rastros, en masa profunda, las crines flotando al viento, cubiertos de espuma; y un rayo oblicuo de sol rojo proyectaba hasta el otro extremo de la meseta



el frenético vuelo de su carrera. En seguida Silvina se lanzó delante del carrito con los brazos extendidos, como para contenerlos. Felizmente tomaron á la izquierda, desviados por una pendiente del terreno. Lo hubieran destrozado todo. La tierra temblaba, los cascotes lanzaron una lluvia de piedras, una granizada de metralla que hirió al borriquito en la cabeza. Y desaparecieron en el fondo de una cañada.

—¡Es el hambre que los hace correr!—dijo Próspero.—¡Pobres animales!

Silvina, después de vendar la oreja del borriquito con su pañuelo, lo cogió de nuevo por la brida. Y el cortejo lúgubre volvió á ponerse en marcha atravesando la meseta en sentido contrario, para recorrer las dos leguas que los separaban de Remilly. A cada paso, Próspero se paraba, miraba los caballos muertos, con el corazón oprimido de alejarse de allí sin poder volver á ver á Céfiro.

Un poco más abajo del bosque del Garenne, al volver á la izquierda, para tomar el camino de la mañana, un puesto alemán exigió el pase. Y en vez de alejarlos de Sedán, esta vez les ordenaron pasaran por allí, si no querían ser detenidos. Nada había que replicar, eran las nuevas órdenes. Además, el camino se acortaba dos kilómetros pasando por Sedán.

Pero en Sedán sufrieron muchos percances en su marcha. En cuanto penetraron en las fortificaciones, un hedor insoportable los envolvió; una costra de estiércol les cubría los pies. Era la ciudad inmunda, una cloaca en la que desde hacía tres días se amontonaban las deyecciones y los excrementos de cien mil hombres. Toda clase de detritus habían espesado aquella litera humana; paja, heno, que fermentaban ya. Y, sobre todo, los esqueletos de los caballos muertos y despedazados en mitad de la calle, envenenaban el aire. Las entrañas se pu-

drian al sol, las cabezas, los huesos, se arrastraban por el suelo, cubiertos de moscas. La peste iba á declararse si no se daban prisa en barrer aquella capa de inmundicias que, en la calle del Minil, en la calle de Maqua, aun en la misma plaza de Turenne, alcanzaba hasta veinte centímetros. Unos anuncios blancos, pegados en las paredes por los prusianos, embargaban al vecindario para el día siguiente ordenando á todos, fuese quienes fueran, obreros, comerciantes, magistrados, empezaran á barrer con escobas y palas bajo la amenaza de penas severas, si la ciudad no estaba limpia por la noche, y se veía ya delante de la puerta de su casa al presidente del tribunal que quitaba la basura echándola con una pala en una carretilla.

Silvina y Próspero, que habían tomado por la calle Mayor, sólo pudieron avanzar muy despacio entre aquel fétido barro. Además una continua agitación les impedía continuar el camino con frecuencia. Era el momento en que los prusianos registraban las casas para hacer salir á los soldados que se habían escondido y que no querían rendirse. La víspera, cuando el general Wimpffen había regresado del palacio de Bellevue, después de haber firmado la capitulación, había circulado el rumor de que el ejército prisionero iba á ser encerrado en la península de Iges, mientras se organizaban convoyes para llevarlos á Alemania. Algunos oficiales, muy pocos, contaban aprovecharse de la cláusula que los dejaba libres, comprometiéndose por escrito á no servir más en el ejército. Uno solo, el general Bourgain Desfeuilles, poniendo por pretexto que padecía de reuma, había firmado el compromiso, y por la mañana su salida había sido saludada con silbidos al montar en el coche delante del hotel de la *Cruz de Oro*. Desde el amanecer se llevaba á cabo el desarme; los soldados tenían que desfilar por la plaza de Turenne, tirar los fusiles y las ba-



yonetas al montón que iba aumentando poco á poco en un ángulo de la plaza. Había allí un destacamento prusiano mandado por un oficial joven, un muchacho pálido, con levita azul celeste, que vigilaba el desarme, correcto, altivo, con las manos enguantadas. Un zuavo que en un momento de desesperación no había querido entregar su fusil, había sido cogido por orden del oficial, diciendo tranquilamente: «¡Que me fusilen á ese hombre!» Los otros, tristes, continuaban desfilando, tiraban su fusil con un gesto de dolor, deseando acabar cuanto antes. ¡Cuántos estaban ya desarmados! ¡Aquellos cuyos fusiles habían quedado en el campo de batalla! ¡Y cuántos desde la víspera se escondían creyendo que iban á pasar inadvertidos en medio de la horrible confusión! Las casas estaban atestadas de soldados, que no contestaban, que se escondían en los rincones. Las patrullas alemanas, al registrar la ciudad, los encontraban ocultos debajo de los muebles. Y como muchos, aun después de descubiertos, se empeñaban en no querer salir de las cuevas, se habían decidido á disparar tiros por las ventanas. Era una caza al hombre, una batida espantosa.

En el puente del Meuse, el carrito tuvo que detenerse, por la aglomeración de gente. El jefe del puesto que guardaba el puente, desconfiado, temiendo se tratara de algún comercio de pan ó de carne, quiso asegurarse de lo que llevaba el carretero; y cuando separó la manta, miró un momento el cadáver, sorprendido; después los dejó pasar. Pero no podían avanzar, aumentaba la confusión, era uno de los primeros convoyes de prisioneros que un destacamento prusiano conducía á la península de Iges. El rebaño, no paraba, se empujaban, se pisaban los talones, con sus uniformes destrozados, la cabeza baja, las miradas oblicuas, con los brazos caídos de vencidos que no tienen ni un cuchillo

para abrirse la garganta. La voz ruda de su vigilante los hacía andar como á latigazos, en medio del atropello silencioso, donde no se oía más que las pisadas de los zapatos gordos en el barro espeso. Acababa de caer otro chaparrón y nada más triste que aquel rebaño de soldados vencidos, decaídos, parecidos á los vagabundos y mendigos de los caminos.

Bruscamente, Próspero, cuyo corazón de soldado latía con fuerza, tocó con el codo á Silvina, señalándole dos soldados que pasaban. Había reconocido á Juan y á Mauricio, llevados con los compañeros, marchando fraternalmente, al lado uno de otro; y el carrito volvió á emprender la caminata. Detrás del convoy, pudo seguirlos con la mirada hasta el barrio de Torcy, sobre aquel camino llano que va hasta Iges, entre las huertas y jardines.

—¡Ah!—murmuró Silvina, con los ojos vueltos hacia el cuerpo de Honorato, trastornada con lo que veía,—¡caso los muertos son los más felices!

La noche, que los había sorprendido en Wadelincourt, era ya muy cerrada cuando llegaron á Remilly. Delante del cadáver de su hijo, el señor Fouchard, se quedó sorprendido, porque estaba convencido que no lo encontrarían. El había ocupado el día haciendo un buen negocio. Los caballos de los oficiales, robados en el campo de batalla, se vendían al precio corriente de veinte francos, y había comprado tres por cuarenta y cinco francos.

## II

En el momento en que la columna de prisioneros salía de Torcy, hubo tal confusión, que Mauricio quedó separado de Juan. Por más que corrió tras él, se extravió. Y cuando, por último, llegó al puente que se había establecido sobre el canal que corta la península de Iges en su base, se vió mezclado